

cauce de las aguas y todo se empezó a secar. Nos dejó sin agua, así de simple.

En la comunidad había un humedal que no se secaba nunca, y en ese humedal había una vega de la que sacábamos camarones, unos camarones grandes de tierra que vendíamos en la ciudad. Eran muy ricos y a mí me encantaba el caldillo de camarón que preparaba mi mamá.

La vida del campo era bonita, la disfrutamos hartito como niños. Recuerdo veranos de luna llena en los que nos quedábamos jugando hasta tarde, noches llenas de luciérnagas y de alegría. La nuestra fue una infancia muy vinculada al espacio y a las especies, por ejemplo, a las ranas que vivían en el humedal y que cantaban en invierno. Mi mamá nos enseñaba el canto de las ranas, aprendíamos cosas de la naturaleza con la abuela. Nuestra comunidad tenía esas fuerzas.

Poco queda de eso hoy. Ya no hay agua y el humedal de los camarones está lleno de pinos, ya no baja agua por las quebradas porque todo se secó por culpa de los eucaliptos y los pinos. Ni una huerta se logra mantener porque ya en noviembre se seca todo. Ese paisaje productivo y de supervivencia se fue muriendo. Ya es imposible una economía de supervivencia como la que mi madre instaló.

Junto a esta alegría sencilla que nos daba el territorio, estaba también la conciencia del despojo territorial. Nosotros crecimos con esa historia en la cabeza. ¿De qué otra manera explicar tanta pobreza, tanta marginación para mi familia? Mi mamá había ido a la escuela, mi padre no, pero leía mucho y estaba muy informado, y siempre nos dijo que todo lo que ocurría era una cuestión de injusticia.

Entonces el despojo era una clave para explicar la pobreza en que vivíamos, y no solamente nosotros. Eran muchas familias las que estaban en la misma situación.

## • Relación entre despojo de tierras y despojo de lengua

Tuvimos entonces una crianza carente de los recursos económicos necesarios para una vida tranquila, pero también una crianza consciente de la historia, una crianza muy bondadosa respecto de lo que es la tierra. Con mi familia aprendí el vínculo entre la tierra, la vida y el agua. Por eso la defensa de la tierra no era para hacernos ricos, sino para mantener esa vida tan diversificada donde había un momento para sembrar, otro para cosechar, otro para escuchar a las ranas y otro para ver las luciérnagas. De la tierra extraíamos alimentos para comer y a ella le agradecíamos todo lo que nos daba, celebrando nuestras ceremonias.

El espacio donde hacíamos nuestra ceremonia fue vendido y nos quedamos sin lugar ceremonial. Tuvimos que ir a una comunidad vecina para seguir agradeciendo, de modo que el despojo de la tierra implicó también despojo cultural, el despojo de las prácticas religiosas y, en lo material, alejó la posibilidad de tener una vida menos atravesada por el hambre.

Implicó también despojo lingüístico. Mucha gente se tuvo que ir de ahí y ya en los años cincuenta empezaron a migrar a Santiago, a trabajar en las fábricas textiles. Otros se fueron a Talcahuano y entraron a la Armada. En los sesenta se fueron familias completas. Algunas han vuelto, pero ya sin la lengua y sin la práctica de haber sido comunidad.

He podido recoger algunos relatos de personas mayores que jamás se imaginaron la pérdida del mapuzugun como lengua materna. En la comunidad de Lumaco, en Lanco, entrevisté una vez a un anciano de setenta años. Se llamaba Pichunantü, era más o menos de la generación de mi padre y me dijo: «*Mapuduguwelayay taiñ pu choyün kompay dewma ka neyen taiñ lepiün mu*» («Nuestros hijos no hablarán mapuzugun, ya entró otro aliento al patio de mi casa»). Esto ocurrió en los noventa, cuando los más ancianos comentaban que algún día los mapuche serían

complementación), para después abordar el proceso de creación de palabras nuevas a través de los sufijos.

¿Qué significa todo esto desde un punto de vista práctico? Que el futuro del mapuzugun se va a jugar en el uso creativo de sus propias normas, en particular de los sufijos, que ayudan a la formación de palabras nuevas para nombrar el mundo.

Tal y como sucede con el castellano, todas las formas de mapuzugun son inteligibles, se entienden entre sí. Todos los idiomas se rigen por normas y cuando uno es hablante se las sabe casi espontáneamente, sin tener conciencia de ellas. Por ejemplo, una norma básica para nosotros son las frases adjetivas. El adjetivo va primero que el sustantivo, como en el inglés. Todo hablante de mapuzugun te va a hablar así, independientemente del lugar donde esté.

Existen normas morfológicas de cómo se hacen las palabras. Todas las lenguas las tienen: el femenino o el masculino en el castellano («niña», «niño»); uno ya sabe que «a» es para femenino y «o» para masculino. Está en la morfología del idioma. En mapuzugun pasa lo mismo, hay normas morfológicas que forman las palabras.

Existe la opción de usar préstamos de otros idiomas y en mapuzugun también se hace. Pero la lengua responde al cerebro humano y el cerebro es creativo. Uno crea y en materia de comunicación está haciendo siempre lo mismo, estudiando la morfología de cómo se forman las palabras.

Podemos proponer palabras nuevas, y nosotros nos enfrentamos a ese desafío cuando iniciamos la educación bilingüe. Había que nombrar las cosas de la escuela y nos pusimos a crear palabras para decir «borrador», «tiza», «pizarrón», «sala», «alumno», todo eso. Hacíamos ejercicios, proponíamos una palabra y la socializábamos. Iban quedando las que alcanzaban más popularidad.

Eso es lo que hacen las academias de la lengua, pero como nosotros no teníamos ni tenemos academia de la lengua, fuimos procediendo simplemente a través de la experiencia. Ya en 1998, en el marco del estudio *Crear nuevas palabras*, se realizó un taller con profesores mapuche que, además, eran hablantes. Participaron cuarenta profesores, hombres y mujeres, de entre veinte y sesenta años, quienes compartieron palabras de lenguaje pedagógico que usaban en la sala de clases y crearon neologismos consensuados entre ellos.

Por ejemplo, «escuela» se decía *chillkatuwe ruka*, la casa para estudiar. Muy largo, no pegó. Quedó como *chillkatuwe*.

Otro ejemplo. El verbo *wirin* significa «hacer rayas». Con el sufijo *we* se transforma en el instrumento para hacer rayas, el «lápiz» (*wiriwe*), puesto que un hablante sabe que *we* es el sufijo de los objetos y de los instrumentos. En cambio, *wirife* es el mismo verbo más el sufijo utilizado para las personas: un «escritor».

En mi tesis doctoral dedico un capítulo completo a este proceso de sufijación para crear palabras nuevas, usando ejemplos de neologismos en el lenguaje pedagógico y urbano, en el ámbito jurídico y en la señalética.

Un secador de pelo es, a través de un proceso de composición-derivación, un *piwün logko we* («soplar cabeza»). El mismo proceso se utiliza para construir un microondas: *eñum-ke iyaelwe* («calentar comida»). Existen también procedimientos mixtos de préstamo-composición como *twitertufe*, un «twittero».

Hay palabras como *electrónico werküwe* («correo electrónico») que resultan provocadoras para los que resaltan solo el valor tradicional de la lengua y que no reconocen su necesidad de actualización. Los mapuche estamos usando la tecnología y las redes sociales y el desarrollo de nuevas palabras es necesario para hacerlo en concordancia con la propia tradición. En ese sentido, palabras

como *negümkülechi az* («video») o *pegelzuguwu* («televisor») no son tradicionales, se han creado mediante los mecanismos de la lengua y se están usando. Y no dejan de ser mapuzugun.

Todo eso se construye a partir de la misma morfología de la lengua y todas las lenguas pueden crecer, aumentar su vocabulario. Todas lo han hecho así porque todas han estado expuestas a otros ámbitos de uso. Pero para completar, para alcanzar, hay que tener una academia de lengua, hay que tener lingüistas, hay que tener gente que se dedique a eso.

En Cataluña se encuentra el Centro de Terminología de la Lengua Catalana (Termcat). Allí están todos los días haciendo palabras y después las difunden por la televisión, por la radio. Al cabo de un tiempo evalúan cuáles de ellas quedaron y cuáles tuvieron menos popularidad, y después las agregan al diccionario. Entonces la palabra existe. Nosotros todavía no hemos hecho eso, porque son muy pocos los lingüistas, porque son muy pocos los recursos. Pero esa es la opción para que un idioma pueda seguir con uso funcional.

Todo esto responde a la creatividad del cerebro humano, y las lenguas tienen normas, y todas esas normas están en el cerebro del hablante. Sin que te hayan enseñado gramática tú hablas español y hablas bien, y otro que nunca estudió gramática habla igual que tú, porque es una cuestión del cerebro. Pasa lo mismo con el mapuzugun: un hablante de mapuzugun habla bien en mapuzugun y se junta con otro que nunca estudió la gramática, pero está en sus cerebros.

Muchas lenguas, como el alemán o el italiano, usan con frecuencia anglicismos, sobre todo en temas de tecnología, pero son lenguas que tienen poder y no están amenazadas. El mapuzugun, en cambio, es una lengua amenazada y que no tiene poder. Si la llenamos de préstamos del castellano, ¿qué queda? Queda una

lengua dependiente del castellano. Mientras más chica la lengua, más conciencia hay de cómo seguir dándole la vida. Ese es el tema que abordan las academias de la lengua, y las academias normativizan incluso la manera de hacer los préstamos.

Cuando son lenguas consolidadas la gente ni lo siente, pero las personas que trabajan en las academias están evaluando todo el tiempo qué hacer con las palabras nuevas, qué hacer con los anglicismos, qué hacer con los préstamos, qué hacer con la gramática, con la escritura. Hay idiomas que son más rigurosos y, en el caso de las lenguas amenazadas, debiéramos tener lo mismo, pero no tenemos nada.

En las academias de la lengua hay especialistas en lexicografía, otros en cuestiones semánticas. En Cataluña tienen un ejército de lingüistas trabajando para la lengua. Tiene institucionalidad y cuando hacen una palabra pueden lanzarla por la televisión pública y los hablantes la reciben de inmediato.

En el caso del euskera, cuando se fue Franco contaban solo con un quince por ciento de hablantes, pero en treinta años han logrado tener a todos los niños hablantes de euskera como lengua materna. Han tenido condiciones a su favor, condiciones económicas, y la misma autonomía vasca ha ayudado a eso, porque a partir de esa autonomía ellos tienen Parlamento propio, tienen medios de comunicación propios.

Llegar a ese nivel va a depender de muchas cosas, partiendo por el horizonte de igualdad, que es a su vez un tema de derechos. Es un trabajo de años. Hay que formar hablantes, hay que formar lingüistas, hay que formar periodistas.

A partir de los noventa, con la emergencia indígena, se crearon órganos estatales como la Conadi. En el Ministerio de Educación,